

DIACONÍA PRESBITERIANA

UNA GUÍA ESENCIAL

Earl S. Johnson, Jr.

Traducido por
Magdalena I. García

WJK WESTMINSTER
JOHN KNOX PRESS
LOUISVILLE • KENTUCKY

© 2017 Westminster John Knox Press

Publicado en inglés como *The Presbyterian Deacon: An Essential Guide*.

© 2002, 2014 Earl S. Johnson, Jr.

Edición revisada en español

Publicada por Westminster John Knox Press

Louisville, Kentucky

22 23 24 25 26 27 28 29 30—10 9 8 7 6 5 4 3 2

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede reproducirse o transmitirse en ninguna forma o por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier otro medio de almacenamiento y recuperación de datos, sin permiso por escrito de la editorial. Para información, escriba a Westminster John Knox Press, 100 Witherspoon Street, Louisville, KY 40202-1396. O contáctenos en línea en www.wjkbooks.com.

Las citas de las Escrituras son de la versión Reina Valera Contemporánea de la Biblia, copyright © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas, y se usan con permiso.

Diseño del libro por Sharon Adams

Diseño de portada por Allison Taylor

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data están en el archivo del Library of Congress, Washington, DC.

ISBN-13: 978-0-664-26810-7

La mayoría de los libros de Westminster John Knox Press están disponibles con descuentos especiales por volumen cuando son adquiridos al por mayor por corporaciones, organizaciones y grupos de interés especial. Para más información, favor de enviar un email a SpecialSales@wjkbooks.com.

CONTENIDO

<i>Prefacio a la segunda edición</i>	vii
<i>Introducción</i>	1
1. El trasfondo bíblico	5
2. El diaconado en la Tradición Reformada y la Iglesia Presbiteriana	11
3. ¿Quiénes integran el diaconado y qué hacen?	21
4. Preguntas de ordenación	41
5. <i>Libro de Confesiones</i>	49
6. El llamado a ejercer un ministerio diaconal creativo en el Siglo 21 y más allá	59
<i>Apéndice: Una letanía para el reconocimiento de diáconos y diaconisas</i>	71
<i>Glosario</i>	77

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

DESDE QUE LOS EDITORES Y EDITORAS DE GENEVA PRESS originalmente me pidieron, en el 2000, que escribiera una introducción al trabajo diaconal en la Iglesia Presbiteriana (E.U.A.) han ocurrido una gran cantidad de cambios en la iglesia en su totalidad y en nuestra denominación en particular.

En el verano del 2011, por ejemplo, la Asamblea General, tras lograrse el respaldo requerido por la mayoría de los presbiterios, aprobó un nuevo *Libro de Orden* que estableció estándares revisados para el ministerio ordenado. No sólo se cambió el título de “ministro” o “ministra” por “anciano docente” o “anciana docente”, sino que la iglesia decidió dotar nuestra constitución con “una nueva apertura a la misión de Dios en el mundo” (F-1.0404), una nueva energía y una nueva flexibilidad, que juntas hacen posible el “ver tanto las posibilidades como los

peligros de sus formas institucionales con el fin de asegurar la fidelidad y la utilidad de estas formas para la actividad de Dios en el mundo”. Las personas que deseen asomarse a una exploración más detallada de lo que significa ser líder de la iglesia hoy en día (y en el futuro) pueden leer mi libro en inglés *Selected to Serve: A Guide for Church Leaders* (Seleccionados/as para servir: Una guía para líderes de la iglesia, 2da ed. (Louisville, KY: Geneva Press, 2012).

Como consecuencia, la descripción del trabajo diaconal se abrevió considerablemente (G-2.02), y muchas de las guías previas desaparecieron. Algunas de éstas fueron absorbidas bajo directivas sobre lo que deben hacer en conjunto los ancianos y ancianas docentes, los ancianos y ancianas gobernantes, y los diáconos y diaconisas (vea, por ejemplo, G-2.04).

En muchos sentidos esta reducción es saludable y necesaria para el trabajo futuro de los diáconos y diaconisas en nuestra denominación. La mayoría del pueblo presbiteriano sabe cuánto han cambiado la iglesia y nuestra cultura en los últimos años. Muchas congregaciones están luchando por sobrevivir. Todas nuestras iglesias están tratando de determinar cuál debe ser el significado del ministerio en el futuro para así poder continuar dando testimonio de Jesucristo y proveyendo servicio en su nombre a generaciones venideras que posiblemente no valoren el presbiterianismo ni los antiguos estilos de adoración tanto como sus predecesores. Tener una descripción de trabajo más corta para el diaconado nos da la flexibilidad que necesitamos para responder a nuevas oportunidades y retos, y nos obliga a evaluar tanto nuestras deficiencias como nuestros puntos fuertes. Pero también hace que dependamos más y más del Espíritu Santo para que nos guíe y nos dé creatividad, sabiduría y perspicacia para intentar, desechar y fortalecer nuevos estilos para los ministerios diaconales y pastorales.

Es necesario mencionar otra modificación importante en nuestra forma de gobierno que potencialmente influye en el trabajo diaconal. En el 2011, después de años de discusión y debate que comenzaron en 1973, la iglesia decidió permitir la ordenación de homosexuales y lesbianas como diáconos y diaconisas, respectivamente, y como ancianos y ancianas gobernantes y docentes. Dado que toda persona presbiteriana, sin importar su orientación sexual, es ahora elegible para servir en el ministerio ordenado, algunas congregaciones podrían descubrir que muchos hombres y mujeres que antes fueron descalificados están ahora disponibles para usar sus dones. Debemos esperar que su presencia enriquezca la obra de Cristo no sólo para la familia de la iglesia local, sino para la totalidad de la comunidad en la cual la congregación reside.

Escribir una segunda edición de las guías para diáconos y diaconisas es un desafío gratificante ya que nos reta a ver con ojos frescos un aspecto importante de nuestro ministerio en común, y a considerar cuidadosamente y en oración como este debe evolucionar mientras que mantenemos en mente, a la misma vez, las profundas raíces bíblicas e históricas del ministerio diaconal. Por lo tanto, con un pie en el pasado y el otro en el futuro, adentrémonos audazmente en esta nueva aventura, confiando en que Dios nos conducirá a donde necesitamos ir. En el último capítulo exploro en detalle algunas de las nuevas posibilidades ministeriales.

Tal y como discutimos al comienzo de la primera edición, intentamos fortalecer un ministerio que ocupa el primer lugar en la iglesia en muchos sentidos:

- el primer ministerio ordenado que muchos miembros asumen;
- el primer compromiso importante que hacen con el trabajo de la iglesia universal; y

- la primera experiencia organizada para participar en el cuidado del rebaño que ofrece la congregación.

Este libro es intencionalmente breve para que sea lo más útil posible. Un diácono o una diaconisa que recién comienzan sus labores deben poder leerlo en una o dos sesiones de lectura, de modo que obtengan un vistazo de sus responsabilidades iniciales y un anticipo de lo que podría requerirse en los años venideros. Las personas que ejercen el diaconado desde hace algún tiempo también sacarán provecho de esta lectura que explora las implicaciones del ministerio diaconal basándose en una forma de gobierno nueva y más flexible.

Earl S. Johnson, Jr.
Johnstown, Nueva York
Septiembre 2012

ACTUALIZACIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Esta revisión refleja los cambios en la constitución, particularmente en el Directorio para la adoración y el Libro de Confesiones. El directorio fue editado, y la Confesión de Belhar fue añadida en el 2016. Además, el título “anciano o anciana docente” fue cambiado nuevamente a “ministro o ministra de la Palabra y los Sacramentos”.

Earl S. Johnson, Jr.
Abril, 2020

INTRODUCCIÓN

Para las personas que aman a la gente y quieren imitar el ministerio de Jesucristo, no hay mejor cargo que el diaconado en la Iglesia Presbiteriana (E.U.A.). Como dice el *Libro de Orden*, “El ministerio de diácono/diaconisa, según la Escritura, es uno de compasión, testimonio y servicio, compartiendo el amor redentor de Jesucristo por las personas pobres, hambrientas, enfermas, perdidas, solitarias, oprimidas, agobiadas por políticas y estructuras injustas, o a cualquiera que se encuentre en aflicción. Para este ministerio se deben elegir a personas de carácter espiritual, honesta reputación, vidas ejemplares, amor fraternal, cálida simpatía y sano juicio”. (G-2.0201)

Tradicionalmente, los diáconos y diaconisas son personas sociables. Se conmueven ante las personas que sufren: los miembros que han sufrido una pérdida; los vecinos hospitalizados; las amistades que

han perdido su empleo; las madres y los padres primerizos que están abrumados ante el maravilloso, súbito y retador cambio en sus vidas; los miembros nuevos que necesitan que se les extienda la bienvenida; los miembros confinados en casa que sufren de soledad al no poder salir; las personas en la comunidad que están desorientadas y no logran conectarse con Dios; las personas económicamente oprimidas que no tienen lugares adecuados donde vivir ni suficiente comida; las personas que sufren a causa de los desastres naturales o los estragos de la guerra; o cualquier persona que necesite experimentar el amor de Cristo de forma concreta.

Obviamente, los diáconos y diaconisas no son los únicos presbiterianos que proveen estos ministerios de solidaridad y ayuda. A todos los cristianos se les encarga amar a su prójimo y cuidarse mutuamente. Pero el diaconado provee una vía *organizada* para ofrecer el amor de Jesucristo a la iglesia y la comunidad. Los diáconos y diaconisas, al apoyar a sus pastores y pastoras con el cuidado pastoral, al trabajar estrechamente con el consistorio para que se haga justicia en la aldea, el pueblo o la ciudad en que viven, al tomar en serio la amonestación de amarse los unos a los otros de todo corazón (1 Pedro 1:22), cumplen el mandamiento de Jesús que nos encarga “amarnos mutuamente como él nos ha amado” (Juan 15:12) en formas que el mundo entero puede experimentar y ver.

El *Libro de Orden* deja claro que los diáconos y diaconisas hacen mucho más que proveer simples gestos de cuidado y preocupación, a pesar de la importancia que estos tienen en un mundo apresurado y frenético. La Constitución de la Iglesia Presbiteriana (E.U.A.) llama a toda la iglesia, y especialmente a los diáconos y diaconisas, a ir más allá del ofrecer amor meramente a quienes conocemos o quienes solicitan ayuda, y a convertirnos en “una comunidad de esperanza”,

“una comunidad de amor” y “una comunidad de testimonio” para todo el mundo (F-1.0301). Si ser gente compasiva va más allá de amar a quienes nos aman, o a las personas con las que tenemos una relación estrecha, para mostrar un amor profundo y compasivo a todas las criaturas de Dios, entonces los diáconos y diaconisas están llamados a demostrar el amor que en el Nuevo Testamento se describe como *agape* (Mateo 24:12; Lucas 11:42; Juan 13:35; 15:9; Romanos 5:5; 8:39), o incluso el amor que vemos en el ministerio, la muerte y resurrección de Jesucristo. Este amor pone a las demás personas primero y desea servir en vez de ser servido (Marcos 10:45). Se entrega completamente a sí mismo, más allá de toda medida o pedido. El amor de Cristo en nuestro ser es superior a todas las demás manifestaciones—paciente, receptivo, confiado, esperanzado, duradero y firmemente arraigado en el plan de Dios. Puede incluso llamársele eternal (1 Co. 13), porque es de Dios (1 Juan 4:7–12).

Este libro mismo es una obra de amor. He tenido el privilegio de trabajar con diáconos y diaconisas en cuatro iglesias diferentes del estado de Nueva York, y he aprendido a apreciar sus corazones generosos, su disposición a ensuciarse las manos, su alto sentido de llamado y sus sonrisas cálidas y amistosas. Dedico este libro a los diáconos y diaconisas de West Charlton, Plattsburgh, Pittsford y Johnstown, con gratitud por todo lo que me enseñaron y me ofrecieron.

Para quienes ingresan al diaconado, quienes se esfuerzan por añadir dinamismo al diaconado en sus iglesias o quienes está considerando el llamado a convertirse en diácono o diaconisa, espero que el entusiasmo que yo siento por esta importante labor de compasión, testimonio y servicio sea contagioso. Ahora no es el momento de desanimarse o descorazonarse con el trabajo diaconal, ya que el mundo desesperadamente necesita más, no menos, actos de amor

en el nombre de Jesucristo. Dios definitivamente nos llama por medio del Espíritu Santo a un ministerio de servicio, cuidado y justicia. Abramos nuestros corazones y mentes para responder al llamado cuando se nos presente, sabiendo que todas las cosas son posibles en la gracia de Dios y el amor de Jesús. Ojalá que el amor de Cristo se encienda nuevamente en nuestro ser de modo que por el Espíritu seamos capaces de comprender cuanto poder está a nuestra disposición “para hacer que todas las cosas excedan a lo que pedimos o entendemos” (Ef. 3:17–21).

Capítulo 1

EL TRASFONDO BÍBLICO

DESPUÉS DE LOS CARGOS DE APÓSTOL Y ANCIANO, EL ministerio ordenado de los diáconos fue uno de los primeros en establecerse en la iglesia del Nuevo Testamento. Según Hechos 6, los cristianos primitivos enfrentaban un envidiable problema: el crecimiento de la iglesia. Los discípulos aumentaban en número y los helenistas (los cristianos que hablaban griego, en contraste con los que venían de un trasfondo arameo o hebreo) se quejaron porque su gente estaba siendo desatendida en el ministerio que se había establecido para la distribución de comida. Los doce apóstoles de Jesús (para entonces Judas Iscariote había sido reemplazado por Matías; vea Hechos 1:23–26) reunieron a los líderes de la iglesia y se decidió que un nuevo grupo de siete sería elegido para “atender a las mesas” (*diakonein trapezais*) de modo que los otros pudiesen continuar con el trabajo de la predicación

y la oración. No es coincidencia que todos los primeros diáconos (*diakonoí*) eran de nombres griegos. Obviamente, ya en el primer siglo era cierto lo que hoy sabemos: ¡si te quejas, te dan la tarea! Y el hecho de que el líder del grupo inicial de diáconos (Esteban) fuese lapidado hasta la muerte por enseñar y predicar demuestra que en el principio la iglesia tenía en mente encargarles algo más que trabajos serviles.

Es un fenómeno interesante que la iglesia primitiva decidió darle a uno de sus grupos más importantes de oficiales un nombre mundano y común. En el mundo moderno sin duda nos gustaría que la gente se sienta importante en su nuevo puesto y les daríamos un título decoroso, algo así como Proveedor de Servicio Social o Ministra de Cuidado. Pero la iglesia eligió el título *diakonos*, el cual, en su sentido más literal, significa una persona que sirve comida a otras en una casa o en un restaurante, quizás incluso similar a un “esclavo”. Debido a que sus responsabilidades requerían suplir las necesidades de otras personas, incluso el lavar los pies de los viajeros, no siempre resultaba el más envidiable de los trabajos.

¿Por qué eligió la iglesia primitiva un título tan humilde para sus nuevos líderes? Obviamente, lo tomaron del ministerio y el ejemplo de Jesucristo, quien enseñó a sus discípulos que si alguien quiere ser el primero en el reino de Dios, él o ella debe ser siervo de todos (Marcos 9:35). Jesús siguió el ejemplo del Siervo Sufriente de Isaías, el que sería exaltado y levantado (Isaías 52:13) al ser herido por las transgresiones de otros (Isaías 53). Este Jesús siervo no era un adulator, o alguien que buscaba el favor de otras personas para sacar ventaja, sino el afligido que cargó el pecado de muchos. Es alguien en quien Dios se deleita y, debido a que el Espíritu de Dios está con él, o con ella, ofrece justicia a las naciones (Isaías 42:1). El siervo o la sierva del Señor no acapara la atención

para sí mismo, sino para Dios que es quien ordena el servicio:

Ustedes son mis testigos. Son el siervo que yo escogí, para que ustedes me conozcan y crean y entiendan que yo soy el Señor. No ha habido ningún dios antes de mí, ni lo habrá después. Palabra del Señor. Sólo yo soy el Señor, y fuera de mí no hay quien salve. (Isaías 43:10-11)

Los Evangelios nos dicen repetidamente que Jesús señaló el estado de exaltación que resulta del servicio:

- Aquel de ustedes que quiera hacerse grande será su servidor. (Marcos 10:43)
- Porque ni siquiera el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos. (Marcos 10:45)
- Si alguno me sirve, sígame; donde yo esté, allí también estará mi servidor. si alguno me sirve, mi Padre lo honrará. (Juan 12:26)
- El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que lo envió". (Juan 13:16; vea también Mateo 10:24; Lucas 6:40)

Las referencias escritas más tempranas que hallamos en el Nuevo Testamento sobre el ministerio ordenado de los diáconos (*diaconoi*) se encuentran en Filipenses 1:1, donde Pablo los saluda junto con los obispos (*episkopoi*). Un escritor más tardío (1 Timoteo 3:8–13) provee la primera lista de cualidades personales que se requería de los diáconos. Debían hacer lo siguiente:

- Ser puestos a prueba por la iglesia.
- Ser firmes en la fe, guardando el misterio de la fe.

- Ser buenos administradores de su propio hogar (ver los requisitos de los obispos: 3:4–5).
- Ser capaces de sostener relaciones duraderas.
- Ser comprometidos y serios.
- Ser honestos y sin doblez.
- Carecer de rasgos de personalidad adictivos, tales como “no demasiado afectos al vino” (vea una discusión más detallada de todos estos requisitos en el capítulo 3).

A cambio, los diáconos recibirán al menos dos recompensas importantes:

- un grado honroso para sí mismos y servicio significativo, y
- el privilegio de seguir el ejemplo de Jesús (vea G-3.0102).

A lo largo del Nuevo Testamento, el servicio a Dios (*diakonia*) es considerado una característica esencial de quienes se dedican a ser discípulos de Jesús. Pablo indica que más allá del hecho de que Esteban fue uno de los primeros diáconos, su familia completa “se dedicaba al servicio de los santos” (1 Corintios 16:15). Para los cristianos primitivos, varios rasgos espirituales estaban todos entrelazados: “amor, fe, servicio y paciencia” (Apocalipsis 2:19). Como lo expone Pablo en un pasaje muy conocido en 1 Corintios 12:4–6, “Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de actividades, pero Dios, que hace todo en todos, es el mismo”. Los diferentes dones (*charismata*), servicios (*diakoniōn*) y actividades (*energēmatōn*) todos proveen energía, entusiasmo y poder a la iglesia “para el bien común”. Los diáconos, diaconisas y otros líderes no son llamados para la satisfacción propia o para lucir

bien, sino únicamente para servir al Señor y la unidad de la iglesia, para el propósito de interpretar la fe, sanar a los enfermos, profetizar o proveer discernimiento espiritual. Dios designa a diferentes personas para realizar diversas actividades dentro de la iglesia (vea la lista en 1 Corintios 12:27–31), pero tienen en común el mandato de mismo Dios y el mismo deseo de servir al cuerpo de Cristo. El servicio es una característica no sólo del diácono, sino del apóstol (Romanos 11:13; 2 Corintios 4:1; 6:3–4; Hechos 1:17, 25), el evangelista o el ministro (2 Timoteo 4:5), e incluso de los ángeles (Hebreos 1:14: “¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?” Es un requisito de cualquiera que sigue a Jesús.

Aunque la advertencia que se le da a Arquipo en Colosenses 4:17 podría aplicarse a todos y todas—“Mira que cumplas el ministerio [literalmente, *servicio*] que recibiste en el Señor”—la labor dada por Dios a través de Jesucristo no era considerada por los primeros cristianos como una tarea pesada. Era un “ministerio” (en griego, *diaconia*), “con gloria un ministerio del espíritu”, “un ministerio de justificación en gloria” (2 Corintios 3:7–11), un ministerio de perdón y reconciliación (2 Corintios 5:18–19), un ministerio de generosidad para con los santos (2 Corintios 9:1, 12–13); era, sobre todo, un servicio de amor, porque en verdad el amor es el mayor de todos los deberes y dones que Dios concede (1 Corintios 13:13). Los diáconos y diaconisas pueden realizar una variedad de tareas en muchas congregaciones diferentes, pero si no están llenos del don supremo para servir al Dios supremo, entonces su vida y ministerio probablemente no tendrán ningún valor. Pablo nos insta a desarrollar nuestros dones con la mayor energía y compasión. Usemos nuestros dones “según la gracia que nos es dada, si el de profecía, úsese conforme a

la medida de la fe; o si de servicio, en servir; o el que enseña, en la enseñanza; el que exhorta, en la exhortación; el que reparte, con liberalidad; el que preside (*diakonian*), con solicitud (*diakonia*); el que hace misericordia, con alegría” (Romanos 12:6–8).

PREGUNTAS PARA ESTUDIO Y REFLEXIÓN

1. Lea Hechos 6:1–7. ¿Puede ver como la distribución de alimentos a los hambrientos debe considerarse un acto de amor encomendado por Dios? ¿Qué cualidades buscaban los discípulos en los primeros diáconos? ¿Qué significa ser “de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría” (v. 3)? ¿Ve usted algunas de estos rasgos en los miembros de su junta de diáconos?

2. Fíjese en las cualificaciones requeridas de los diáconos en 1 Timoteo 3:8–13. ¿Posee usted las ocho? ¿Hay algunas que usted necesita cultivar? ¿Necesita pedirle a Dios que le conceda algunas?

3. ¿Qué implicación tiene cuando se nos dice en 1 Pedro 4:11 que “si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo”? ¿Está Dios fortaleciéndole a usted en su ministerio diaconal? ¿Puede usted sentir el poder de Dios en la vida de su iglesia? ¿Qué pueden hacer ustedes como diáconos y diaconisas con respecto a los aspectos débiles del ministerio congregacional?